

# REVISTA NUEVA

DIRECTOR Y REDACTOR — FROILAN TURCIOS

AÑO II

TEGUCIGALPA: 1.º DE NOVIEMBRE DE 1902

NUM. 32

## Cuentos crueles

### ROMANZA DE ULTRATUMBA

2 de noviembre.

I

CUANDO ella vivía sobre la tierra, nuestras almas unidas soñaron en este fúnebre aniversario muchos sueños profundos.

Tras los cristales opacos cae la lluvia, tenuemente. Grises neblinas cubren las montañas, en el horizonte; y todas las cosas, en el pálido crepúsculo, parecen quejarse de un dolor inconsolable.

Cuando ella vivía sobre la tierra, nuestras almas unidas soñaron en este fúnebre aniversario muchos sueños profundos.

II

El año último vagamos por la necrópolis desierta, como dos sombras errantes.

—Héctor—me dijo la amiga inolvidable—¿crees en la vida futura? ¿A dónde van los sueños del espíritu y el amor de las almas cuando la losa del sepulcro se cierra sobre los cuerpos inanimados? Yo no temo la muerte; más bien la considero como una piadosa libertadora; pero á veces me conturba su terrible misterio.

Yo le expuse mis dudas y meditaciones sobre el *más allá*; y mis extrañas teorías la dejaron pensativa.

—La vida material se extingue—concluí. Pero en la forma fría, en el cerebro inmóvil, y después en los huesos amarillos, queda aún una fuerza prodigiosa. El recuerdo persiste y hace ver, como en la alucinación de un sueño, todo lo que pasa en el mundo. Una clarividencia singular, una sutilidad en los detalles, nos muestran los actos y los sentimientos de las personas á quienes estuvimos unidos. La expiación de nuestros crímenes ó errores está en esa trágica persistencia del recuerdo. Desde el instante en que concluye el vigor vital, todas las muertas energías se resumen poderosamente en esa única fuerza de visión. Ya en la tumba, nosotros vemos, oímos, todo lo que hacen ó dicen y aun piensan, los seres que en la tierra estuvieron ligados á nosotros por la sangre ó por el afecto. Escuchamos sus voces, sentimos su presencia; y sufrimos horriblemente al ver cómo, pasadas las primeras horas de duelo, nos van olvidando. Apenas el dolor empieza á atenuarse cuando ya no somos, en el espíritu de todos los que ama-

mos y que nos amaron, sino una vaga sombra melancólica, que la banal indiferencia del mundo no tardará en borrar. A medida que nuestra memoria se extingue en su corazón, surgen en él otras ternuras y otras imágenes ocupan nuestro lugar. El amante ó esposo muerto ve cómo otro hombre llena luego el alma de su amada; ve cómo la acaricia y la hace suya, mientras él sufre un tormento satánico en el fondo del sepulcro. El hijo, el hermano ó el amigo, aherrojados en la tremenda cárcel, se extremecen continuamente de dolor, heridos por la fragilidad de los sentimientos humanos. Y esa espantosa pena se alarga indefinidamente, según la magnitud de las faltas cometidas en la tierra; hasta que al fin, terminado el negro castigo, nos envuelven las plácidas sombras del nirvana.

—Pero ¿no crees que pueda existir un ser superior que haga de su corazón el santuario religioso de un recuerdo? Yo sé amar hasta la muerte, hasta más allá de la muerte. Mañana mismo, si tú murieses, querido Héctor, mi boca dejaría de sonreír y ninguna alegría humana hallaría eco en mi espíritu. Por lo demás, yo creo en la vida eterna. Si yo muero antes que tú, mi alma se manifestará á la tuya de una manera profunda.

III

Hace ya muchos años que la dulce criatura reposa bajo la tierra, que vive bajo la tierra; y hé aquí de qué modo su espíritu vino á besar mi espíritu:

.. Ella amaba la música honda é intensa, que hace soñar nobles cosas y embriaga el alma con un vino de ilusión. Sabía hacer llorar al piano, de amor ó de pena. Era su favorita una romanza impregnada de lágrimas; una romanza delicada y pura, cristalina y triste. Gustábase tocarla en la hora del crepúsculo, cuando el sol agoniza, cuando el salón se llenaba de sombras surcadas por fugaces resplandores de oro. Kundiado en un sofá, en un ángulo obscuro, yo recogía, en lo más recóndito de mi ser, las notas dolorosas

Hallábame al anochecer de un día de otoño en una tierra extraña, muy lejos del lugar en que ella duerme. Era en el campo y reinaba el silencio. La luna se alzaba, en la misteriosa lejanía, como un enorme pájaro de plata. Pensaba, como siempre, en la muerta adorada, viva como nunca en mi espíritu.

De improviso llega á mí, del brumoso horizonte, de no sé qué ámbito lejano, una melodía sobrehumanamente triste, que me habla de cosas profundas y me hace sufrir una pena mortal...

Cerré los ojos, estremecido de dolor: y sentí durante un segundo, mientras se extinguía la mancha de ultratumba en el aire, sobre mi boca ó sobre mi corazón, lo mismo que el conocido de un beso de sus labios dulces y crueles, que en un momento me dejó una viva tristeza y dejaron mis labios pálidos, pálidos hasta la muerte.

FROILÁN TURCIOS.

## El mes de Noviembre

(RECUERDOS)

¿Te acuerdas, dulce amiga, de aquel tiempo en que las horas se deslizaban como instantes, en que hablábamos, á veces, de las estaciones del año, y en que tú me decías, con toda tu inocencia que sabes dar á tu expresión: "Noviembre es el mes de mis predilecciones, porque es triste, muy triste?"

Entonces te decía que á mi ánimo embargaban tus mismas impresiones: que noviembre conmovía todo mi ser; que despertaba todos los recuerdos de mi imaginación, dejando mi alma sumergida en un mar de profunda é indecible melancolía.

Y pasaron aquellas horas, dulce amiga; pero en mi espíritu, llama que soplo del infortunio debilita y extingue aun brillan los recuerdos planderos que iluminan, con pálida y mortecina luz ¡ay! los recuerdos de feliz pasado.

Antes que la llama moribunda de mi espíritu se apague para siempre, quiero decirte, dulce amiga, todas las impresiones que en noviembre me inundaron de recuerdos, este mes de profundas, de infinitas tristezas.

Brilla entre las brumas un sol de luz pálida y triste; la atmósfera es fría, y á intervalos, menuda lluvia deja percibir ruidos monótonos y misteriosos; luego el viento del Norte se desata, y con sus penetrantes y lúgubres silbidos, hace imperceptible el caer uniforme de las gotas de agua; entre la lluvia que azota y el viento que gime, se oye el fúnebre clamor de las campanas que evoca el recuerdo de la muerte; el corazón se siente oprimido por la idea aterradoras de la nada; se piensa en los que fueron, y en medio de un mundo de recuerdos, parece que se alza el velo de la eternidad; y que las tumbas se abren para decir á los vivos lo que ellos mismos sentirán que se encierran ¡ay! en la silenciosa mansión de los sepulcros. Y principia el mes de noviembre: estamos en el día de difuntos...

¡Qué día tan triste es el día consagrado á la memoria de los muertos; pero qué tan grande por los recuerdos que despierta y por los sentimientos que inspira! ¡Ay! o que no se llorara, los que tenemos seca la fuente de las lágrimas, sentimos caer, una á una, lágrimas de

muerte en las que nos queda, que nada nos queda, las más dolorosas, porque al resbalar dentro del pecho, se llevan pedazos de nuestra alma.

En el día de difuntos, dulce amiga, que tus lágrimas inundan mi pobre corazón. En ese día, el mundo, implacable y cruel, tal vez me obliga á posar en mis labios la sonrisa pero el mundo no sabe, no comprende, que esa sonrisa es la contracción que produce un inmenso dolor. En ese día yo recuerdo á todos los que me amaron y á los que amé en la tierra, y reanudo los lazos que rompí la mano despiadada de la muerte. En ese día recuerdo también esos invisibles que tanto y tanto amé, que acaricié, entre dichas y placeres; recuerdo es

queridos que en un tiempo se agitaban risueños llenando de encantos la hermosa mañana de mi vida, y que ahora son cadáveres que encierra la urna de mi pecho, y que se llaman, dulce amiga, perlas perdidas é ilusiones muertas!

Alguien ha dicho que *hay éxtasis en la agonía*, y creo que para las almas delicadas también hay un secreto y extraño placer cuando el espíritu se abandona á la tristeza infinita. Qué de veces, dulce amiga, en el día de difuntos, yo he huido de las miradas de los hombres y he buscado las grandes soledades, y he buscado las desiertas ruinas para pensar á solas, para recordarlo todo, para sufrir mucho, mucho, para apurar la copa del dolor hasta las heces, para entregarme sin reserva al oleaje de esa mar insondable de los verdos dolorosos! Y es que los supremos dolores dulces son aquellos que el sufrimiento infinito tienen una voluptuosidad que sólo sienten y comprenden los grandes corazones, y yo comprendo que se hay en el dolor! ¡Ay! ¡yo comprendo que por la fe y el sentimiento sin límites se haya encontrado cierta voluptuosidad e los horribles tormentos del potro y de la hoguera!

Los últimos ecos de las campanas, que parecen tiernos lamentos por los que fueron, por los que no existen, se debilitan, se amortiguan, se pierden. Ha pasado el día de difuntos: el mundo de los vivos va á olvidar el mundo de los muertos. ¡Qué verdad tan amarga, dulce amiga! ¡Todo se olvida! ¡Todo se olvida!

Y siguen los días de noviembre; y al despuntar el alba, en las frías mañanas, cruzan por las encrespadas cimas de nuestros cerros vaporosas neblinas, blancas como el armiño, que semejan sutiles gasas en que parece han de envolverse las bellas formas de una virgen.

Y luego los primeros rayos de majestuoso sol coloran las neblinas con una lluvia de polvo de oro y púrpura; pero si el sol las embellece, también se calienta; y las vaporosas neblinas se pierden, y sólo quedan en las arboledas de los cerros las blancas flores del niño, que parece que se ruborizan, y que dejan caer sus perlas de rosas, porque les falta el blanco y el velo que ocultara sus encantos.

Es muy triste ver pasar como exhalaciones blancas las neblinas de la mañana. Es muy triste que el sol que las colora, las pierda, las disipe. Así se pierden también las ilusiones. Así

se van también las esperanzas ¡Tienes razón, dulce amiga! ¡Sou tristísimos los días de noviembre!

Y avanzan los días del mes de tus predilecciones, del mes de las indecibles tristezas, y al mediodía, en el cielo, las nubes, pobres perseguidas del viento, cruzan fugaces; y aquí, en la tierra, las hojas de los árboles que empiezan á secarse ¡ay! por el sople letal del otoño, comienzan á caer, una á una, amarillentas, secas, y el aire se las lleva, y se alejan, y se alejan del tronco que les diera la savia de la vida.

Aquellas hojas tan frescas y lozanas que en la primavera embellecieron el árbol y recrearon nuestra vista, y prometieron flores y frutos, se van para no volver jamás, y serán polvo, seco polvo que huelle indiferente nuestra planta. ¡No es verdad, dulce amiga, qu las hojas secas que se lleva el viento, y que huelan nuestros pies, son la imagen de las dichas y esperanzas de la vida?

\* \* \*

Noviembre toca á su fin; y hay más melancolía en las escenas de la naturaleza, la tarde está muy fría; el calor se concentra en el organismo; el corazón late con violencia; y el alma está triste como un poema de Ossian. La mirada inquieta, desasosegada, no se satisface con fijarse en las escenas de la tierra, y se fija en lo alto, y se dirige al cielo. ¡Triste tarde de noviembre, ya no oigo tus rumores, ya no oigo ni los tristes lamentos de que pueblan la atmósfera las *zumbas* vibradoras de las cometas con que los niños se entretienen en sus juegos infantiles! ¡Tarde de mis contemplaciones, sólo me fijo, poseído de infinita tristeza, en los celajes de tu cielo! ¡Qué caprichosos en sus formas, y cómo exalten mi fantasía, y cómo dilatan mis pensamientos, y cómo aumentan más y más la profunda melancolía de mi alma!

¡Qué múltiples colores, qué variadas perspectivas! Veo que se forman inmensos castillos de piedras cenicientas, con sus pórticos, sus torreones y sus ventanas góticas, á las que se asoma, pálida y llorosa, mísera cautiva; y los castillos se desploman, se arruinan, desaparecen. ¡Pobre cautiva, tu pérdida tiene un eco doloroso en mi triste corazón! Veo alzarse arcos triunfales matizados con todos los colores del iris; y al llegar los triunfadores valerosos, erguidos, con sus penachos ondulantes, los arcos se estremecen, se tuercen y se caen. ¡Héroes de la atmósfera engañosa, tus crueles desengaños tocan una fibra sensible de mi pobre corazón! Veo las danzas, que en loca y amorosa confusión, forman en su delirio mancebos y mancebas que, lindos cual Febo y cual Aurora, bullen entre amores, al reflejo suavísimo de la luz de la alegría; y las aéreas parejas, de súbito, se tornan desdichosas, y las sombras las cubren, y se sumergen en negra oscuridad, y se separan, y se separan para siempre. ¡Hermosos compañeros del placer, vuestra despedida eterna encuentra un eco doloroso en mi pobre corazón! Tienes ¡ay! mucha justicia, dulce amiga: son tristes, muy tristes las tardes de noviembre.

\* \* \*

Y llegan, por fin, los últimos días del mes de nuestras hondas impresiones; en sus noches, iluminadas por amarillenta luna, el sueño con sus mil adormideras, cierra mis párpados; pero ¡ay! suena el viento impetuoso, y despierto sobresaltado, lleno de vagos temores.

¡Qué sonidos tan varios y tan significantes para mi alma! El viento gime, gime con acentos lastimeros, y me hace sollozar porque recuerdo todos los dolores de mi vida de infortunios. El viento produce sonidos monótonos y uniformes; parece que se calma en su desesperación, y me digo: resignación, alma cristiana: son muchas las miserias de la vida. Y luego el viento se enfurece, y semeja gritos de angustia y de dolor irremediable, y mi alma se inquieta, se excaspera, y me digo: son los crueles gritos de la desesperación, del desencanto de la vida. Así concluyen todas las cosas, dulce amiga: quejas, desesperación, desencanto, y luego nada, nada!...

\* \* \*

Cuando mi existencia no sea más que un recuerdo, y ¡ay! tal vez ni una memoria, ni un átomo perdido en los corazones que me olvidan; cuando al llegar el día de difuntos, el rumor funeral de las campanas haga brotar de tus hermosos ojos una lágrima de ternura por los seres que amaste en la vida; cuando en las frescas mañanas de noviembre veas emocionada cómo se forman y se van las blancas neblinas que semejan las ilusiones del alma; cuando al mediodía, entristecida, veas caer, irse y perderse las secas y amarillentas hojas de los árboles, imagen de las esperanzas que se van para siempre; cuando al aparecer tarde melancólica, de contemplaciones y misterios, vague errante tu mirada en las perspectivas del cielo, y contemple los caprichosos celajes, tan inestables como las dichas de la vida, y camine, y camine tu joven pensamiento; y se abisme sin reposo, en la inmensidad de lo infinito; y cuando en las últimas noches de noviembre, despiertes sobresaltada, y oigas en las regiones del viento tristes quejas, lamentos dolorosos, crueles gritos de desesperación; y pidas á tu Dios quietud para tu espíritu, y esperanza y consuelo para los que sufren, para los que lloran; entonces, dulce amiga, *acuérdate de mí.*

RAMÓN ROSA

### Artemis

(Traducción de Leopoldo Díaz)

Un acre olor de bosques surgiendo en todas partes,  
¡oh Cazadora! en ondas ardientes envolvía  
tu castidad de virgen, tu indómita energía;  
y hacia la espalda echando tu cabellera, partes.

De los leopardos roncos los ásperos gruñidos  
se escuchan en la calma de las nocturnas horas,  
y quedan, en la senda que rápida devoras  
tus perros, sobre el rojo tapiz del bosque, heridos

Así te place ¡oh diosa! que la espina te hiera,  
que en tus gloriosos brazos las garras de la  
(fiera,  
dejen los anchos surcos de su furor marcados:

Y gozar con la bárbara dulzura sin igual  
de unir, en tus combates, la púrpura inmortal  
con la sangre que vierten los monstruos dego-  
llados.

JOSE MARÍA DE HEREDIA

## El primer pecado de Margarita

LLAMÁBANE Margarita y se le esperaba en el Paraíso, pues Dios había dicho de ella: "Es una alma excelente; y como puede ser víctima de las desgracias terrenales, pienso llamarla hacia mí uno de estos días." Era una humilde y tierna joven: la llamaban el ángel del lugar.

Madrugadora y fresca como el alba, todas las mañanas, al despertarse, murmuraba la alegría que de los labios de su madre aprendiera; luego se vestía en su alcoba; y como no poseía ricos adornos, ni siquiera se miraba al espejo.

Después, como lo había hecho la víspera, y como lo haría al día siguiente, se consagraba al trabajo para vivir con decoro.

Y cigarra al par que abeja, cantando trabajaba.

Cantando una vieja canción, canción de gloria y de amor, canción pecaminosa, cuyos versos, empero, podían atravesar un alma inocente, sin empañar su limpidez

Una tarde de esto, sentada delante de su casa, hilaba para el hogar.

Era la hora en que, una á una, las estrellas despiertan en el cielo y sirven de guía á los amantes: quienes con sus ímpetus juveniles corren presurosos á la cita, anticipándose siempre, pues siempre el corazón se adelanta al cuadrante.

Margarita cantaba su canción girando la rueca, cuando pasó delante de ella una de sus vecinas que se dirigía á la fiesta de la próxima aldea. Vestía un traje nuevo y corría al llamado de los tamboriles, cuyo ruido trafa el viento de los alrededores.

Pero se detuvo un momento delante de Margarita para que la viese con su traje nuevo, su collar y sus pendientes. Y le presentó su mano para que pudiera admirar el anillo de oro que brillaba en uno de sus dedos. Después se marchó riendo; y Margarita la siguió con una mirada que inquietó á su ángel tutelar.

Corrió entonces menos rápido el hilo entre los dedos de Margarita; cesó el rumor monótono de la rueca, y el huso se le cayó de las manos. El golpe del huso la despertó de su arrobamiento; y al levantar los ojos, vio en pie delante de ella,—en la diestra el sombrero, donde ondulaba una pluma como vívida llama, á un caballero magníficamente vestido, quien le dirige un saludo respe-

tuoso, y con voz dulce y galante le pregunta por el camino que conduce á la ciudad.

Margarita le contestó extrayendo la mano para indicarle mejor la ruta que debía seguir.

Entonces el desconocido se inclinó; y en recompensa del servicio que acababa de recibir, se despojó de su anillo de oro, donde fulgía un brillante como una estrella, y adornó con él la mano de Margarita, quien encontró el brillante más bello que el de su compañera, mientras el rostro del desconocido se iluminaba con una sonrisa intensamente extraña.

Presentóse á poco, inesperadamente, un mendigo cubierto de harapos. Detúvose delante de Margarita, y con voz entrecortada le pidió una limosna.

Margarita se quitó el anillo y se lo dió al pobre. Lanzó al instante un grito de rabia el desconocido y extendió la mano hacia la joven.

Pero el pobre, que no era otro sino el ángel guardián de Margarita, la cubrió con sus alas.

Y Satán, que había venido para tentarla, retrocedió ante el espíritu celeste.

Esa misma tarde el ángel guardián refirió lo acontecido al Buen Dios, y le dijo:

— Señor, sería bueno que la llamaseis.

Y Dios respondió:

— En efecto, pienso en ello.

Pero, al día siguiente, ya no pensó más en ello. Y un año después, saliendo de la iglesia, Margarita advirtió á un joven que le ofreció el agua bendita.

Su corazón era de niño; su espíritu secular.

Y se llamaba Fausto.

ENRIQUE MURGUER

## Fior de acanto

De tu frente cayó la última rosa,  
y trasida te arropas en el manto  
mientras en la vidriera temblorosa  
viento y lluvia otoñal riman su canto....

Son las ojeras en tu faz llorosa,  
pálida y triste como fior de acanto,  
alas negras de inmóvil mariposa  
empapada en el iris de tu llanto.

Dobla tu frente un fúnebre turbante  
de ágatas negras y crespon sombrío...  
y siento ante tu dicha agonizante,

como una tumba, el corazón vacío,  
y abrumado mí ser como un atlante  
bajo el pesado mármol de tu hastío!

JOSE JUAN TABLADA

## La respuesta de la Tierra

El Hijo del Cielo trabaja una vez en el año.

Un día, para llenar este deber en la fecha ordenada, Khan-Hi, el sabio emperador, do-

blaba su cuerpo sobre la reja de un arado, del cual tiraban blancos bueyes del Tibet. Sin ver la muchedumbre que desde lejos acudía, el ilustre Khan-Hi guiaba su arado y miraba pensativo, abrirse delante de sus pasos la tierra húmeda y fecunda. Y, ahondando el surco, murmuraba:—"Oh Tierra! La vida es un enigma, y la muerte es un misterio. Pero tú, que la espiga abonas con cadáveres para nutrir á los vivos; tú, madre del cedro y de la grama, ¿debes conocer el secreto de nuestro destino. Acerca de este problema, sobre el cual he reflexionado en vano, respóndeme, pues. Yo soy Khan-Hi, hijo de Chun-Tchi; mi brazo venció al Tibet y á la Formosa; soy grande entre los más grande; nadie se atreve á elevar su voz ante mí, sin antes haber tocado nueve veces el suelo con la frente; soy el señor, á quien todo es permitido; sin embargo, mi corazón es humilde, mi alma es sumisa y carezco del orgullo que mis antepasados tuvieron. Para crecer en sabiduría y en virtud, hice grabar en los muros de mi palacio, rindiendo culto á la tradición, las sentencias de los sabios, tal como un joven sigue los consejos de un viejo. Odio á los cortesanos, y, si fuera menos bueno, ordenaría que se les cortase la lengua. Soy tierno: prohibo con la pena de la argolla la extinción de la prole femenina. Toco varios instrumentos de música, lo correctamente y hago versos de amor. Soy valiente, no como el horrible Tunur, por vano deseo de gloria y sanguinario instinto, sino para caer como el rayo sobre el chato mongol y el ruso sin Dios, si osaran atacar el Imperio del Centro. Soy sabio; conozco los ritos y los códigos. Soy piadoso, rindo homenaje en sus nagodas á los bonzos de Kun-Tsen como á los sacerdotes de Fo, y protejo también á Jesús, el Dios nuevo, que nació de una virgen y predica el amor. Soy justo, y aspiro á que sea del Labrador, al llegar la siega, todo el trigo por él sembrado. Soy, en fin, un soberano bueno, sabio y grande, y mi nombre es bendecido por cuantos viven, del levante al poniente, en el Celeste Imperio.—Háblame, pues, ¡oh, tú! cuya fecundidad nos concede el arroz, el trigo y el te. ¡Oh Tierra maternal! donde cada criatura busca su vida y encuentra finalmente su tumba; tú que, de todo en el mundo eres la causa y el efecto, ¿qué restará de mi obra? Respóndeme. ¿Para ello sería necesario un milagro?"

Su arado tropezó con un obstáculo. Y al hundir entonces con más fuerza la aguda reja para ahondar el surco, saltó una calavera de la tierra.

FRANCISCO COPPEE.

## La reina de Saba

Su vestido de brocado de oro, dividido con regularidad por falbalas de perlas, de jade y de zafiros, la ciñe el talle en un corselete estrecho, realzado con aplicaciones de color, que representan los doce signos del zodiaco. Lleva borcegujes muy altos, uno de ellos negro, sembrado de estrellas de plata, con la luna creciente, y el otro es blanco, con perlititas de oro y un sol en medio.

Las anchas mangas, guarnecidas de esmeraldas y de plumas de áve, permiten ver su mórbido brazo, adornado con un brazalete de ébano, y sus manos cargadas de sortijas terminan con uñas tan puntiagudas, que sus dedos parecen agujas.

Una cadena de oro, lisa, pasándole por debajo de la barba, sube á lo largo de las mejillas, arrolla en espiral en torno de sus cabellos, empolvados de azul; después, volviendo á descender, le roza las espaldas y viene á terminarse en el pecho, unida á un escorpión de diamante, que alarga su cola entre sus senos. Dos gruesas perlas cuelgan de los lóbulos de sus orejas. El borde de sus párpados está pintado de negro. Ostenta un lunar natural en el pómulos izquierdo y respira abriendo mucho la boca, como si el corsé la oprimiese.

Ondula, al caminar, un quitasol verde con mango de marfil y rodeado de campanillas de plata; doce negritos de crespo pelo llevan la larga cola de su falda, y la punta la sostiene un mono que la levanta de vez en cuando.

GUSTAVO FLAUBERT

## El Sínai

La montaña era negra,—  
porque Dios y su cohorte de querubes  
se velaban tremendos en la cima  
con los pliegues flotantes de las nubes.

La montaña era negra; pero encima nimbada de la blanca luz del rayo potente, que al espacio sus serpientes flamígeras fulmina, la montaña siniestra sustentaba una hoguera divina.

Sólo Moisés que legó a la tierra, pudo, inspirado y rudo, al mismo tiempo que con vasto anhelo grababa sus dos piedras,—solo él pudo estar ahí—en medio del contacto de la Tierra y el Cielo. Y pasmados de horror, mientras oían truenos, voces ingentes, de pie ante el Sacro Sinaí, veían de las nubes salir los israelitas los clarines como áscuas refulgentes.

FRANCISCO GAVIDIA

## Helena

Un admirable dibujo de Proudhon, que produjo el grabado, representa la escena que termina el canto tercero de la *Iliada*: *Páris y Helena reconciliados por Venus*. Helena, orgullosamente cubierta por los grandes pliegues de sus velos, rechaza con desprecio las voluptuosas caricias de Páris, que la convida al placer; pero Venus, irónica y casi amenazadora la arroja con sus dos manos en el lecho adúltero, como en una red tendida por los dioses.

Quedé pensativo contemplando la expresión casta y triste de esa figura, que me reveló una nueva Helena, no menos hermosa, pero con más atractivos que la de la tradición vulgar; una Helena víctima, doliente, atormentada, resistiendo á Venus y arrastrada por ella y sacrificada á los excesos del amor, como esclava condenada á trabajos forzados.

Pasa Helena de mano en mano por los héroes del mundo homérico, como la copa de néctar que circula en los banquetes del Olimpo. Teseo la roba á los diez años mientras estaba bailando en el templo de Diana.—“Me robó, dice en el *Segundo Fausto* de Goethe, siendo una cervatilla esbelta de diez años, y el castillo de Afride, en el Atica, me recibió.”—Aquiles la hace participar de su violenta existencia y después la cede á Patroclo, como parte del botín. Menelao se casa con ella, ciñendo á su frente las cintas del himeneo. Luego llega Páris el hermoso pastor, y Venus, cumpliéndole la promesa que le hizo sobre el monte Ida, arroja en sus brazos á su fatal esclava.

Asiste Helena durante diez años, desde lo alto de las Torres de Ilíon, á la guerra que encendieron sus ojos, en la actitud elegiaca de la hija de Jepté, cuando loraba su virginidad sobre la cumbre de la montaña. Sucede á Páris, muerto por el dardo de Pirro, su hermano Deífobo; después Menelao, reapareciendo entre las llamas de Troya, la arranca del lecho adúltero y la conduce á su palacio de la Lacedemonia. Pero la impla-

cable Venus no suelta su presa: Aquiles en las tinieblas del Hades se acuerda de la suprema hermosura que poseyó, y escapándose de la prisión de las sombras, llega á sorprender á Helena durante su sueño, y un niño alado, Euforión, nace de los misterios de esa noche mágica.

A pesar de esos raptos y adulterios, á pesar de esa vagabundez de cautiva, entregada como premio en las luchas de la fuerza, la hija del Cisne queda pura, y como el ave paternal, revestida de caudor y majestad. Asiste con indiferencia á todos los transportes que excita, como una esttua alrededor de la que da vueltas una orgía sagrada. Los dioses son los culpables; se sirven de su hermosura para deslumbrar al mundo y para encenderle en pasiones. No es responsable la vida de las embriagueces sangrientas que inspira; y la tea no es cómplice del incendiario que aplica su llama á los muros de las ciudades.

Aparece Helena en una leyenda de Herodoto, como Nuestra Señora de la Belleza, imponiendo las manos sobre una niña deforme, que su nodriza llevó al templo, y prediciendo á esa niña que con el tiempo sería una de las mujeres más hermosas de la Lacedemonia. Desde Homero mantienen los poetas alrededor de Helena concierto creciente de alabanzas. *El Epitalmio de Helena*, de Teócrito, es un himno de adoración.

“La hija de Zeus ha entrado en su lecho,—cantan á Menelao las hijas de Esparta,—y no la iguala en hermosura ninguna de las mujeres que pisan la tierra Aquea. Debe ser maravillosamente hermoso el hijo que se parezca á tal madre. Nosotras sus compañeras, doscientas cuarenta vírgenes, frotadas con aceite, como hombres, corremos con ella por las riberas del Eurotas, pero todas tenemos defectos si nos comparamos con Helena.”

Es fría como todas las bellezas perfectas, destinadas á fascinar la vista más que á turbar los sentidos y hacia las que el amor sólo debía ser una contemplación.

En todas partes donde aparece Helena, en los dramas, en los poemas, en las odas y en las elegías antiguas, se presenta grave, silenciosa, recogida en sí misma, y noblemente tristecida por los amores á que los dioses la condenan. Su palabra es siempre pura, los deseos que excita la asustan y la adigien, se entrega sin participar de ellos, como obedeciendo á una ley severa. Cuando Venus en la *Iliada* la invita al lecho adúltero, en el que la espera Páris, rehusa obedecerle desde luego, rechazando la invitación.—“¿Por qué quieres seducirme todavía, cruel?—dice ella. ¿Por qué no vas tú? Renuncia á las bóvedas celestes, no subas más al Olimpo, y siempre al lado de un mortal soporta sus caprichos, hasta que se enlace contigo ó te convierta en su esclava. No iré donde me quieres conducir. No, no quiero honrar su lecho. Todas las mujeres de Troya me avergonzarían y mi alma sufriría intolerables dolores.”

Esa mujer maravillosa no sufrió el destino de las hijas de la carne; y aunque el Amor, la Escia vitud y el Himeneo la arrebataban con sus foga-

Los brazos, la arrojan, la vuelven á tomar y se la envían unos á otros; conserva á pesar de tantos abrazos, misteriosa virginidad. Ni la vejez la marchita, ni el tiempo se atreve á atacarla. Recorre el espacio de un siglo en el cielo de la poesía antigua, siempre joven y siempre deseada. Imagen viva de la belleza ideal, el hombre puede mancillar sus formas efímeras, pero no su tipo eterno.

PAUL DE SAINT-VICTOR

### Nodriça eriole

ELLA viene de allá abajo, ella viene de las Islas como un pájaro bizarro, vestida con el plumaje de su bata, de grandes rayas amarillas y rosadas. Su abuelo fué esclavo negro. ¿Y de qué misteriosa pradera africana?

Pero una gota blanca ha pintado de un color suave la aspereza de su piel todavía morena.

Sentada sobre un banco de los Campos Eliseos, la nodriça tiene un niño sobre su delantal, y canta una canción de la Martinica, canción monótona, sobre cuatro notas, siempre las mismas. Pero el niño no quiere cerrar las pupilas. Entonces, abriendo con una mano su corpiño cerrado, saca su joven seno de cautchuc liso, y el niño, sudoroso, mama con más fuerza que de costumbre.

Dos muchachitas que se aproximan agarradas de su vestido, observan aquel curioso animal humano, y después se hablan al oído, y una de las dos explica á la otra que las nodrizas blancas dan leche y las mulatas chocolate.

PIERRE LOUYS

### De El Gantar de los Gantares

ESPOSA.—Reciba yo un ósculo santo de tu boca. Porque tus amores son, oh dulce amado mío, mejores que el más sabroso vino, fragantes como los más olorosos perfumes.

ESROSO.—¡Qué hermosa eres, amada mía! ¡Cuán bella eres! Como de paloma, así, son vivos y brillantes tus ojos,

además de lo que dentro ocultan. Tus cabellos dorados y finos, como el pelo de los rebaños de cabras que bajan del monte Galaad. Como cintas de escarlata son tus labios; tu hablar dulce y sonoro, y tus mejillas como roja corteza de granada. Tu cuello es recto y airoso como la torre de David, ceñida de baluartes, de la cual cuelgan mil escudos, arneses todos de valientes. Tus pechos son como dos gamitos mellizos que están paciendo en un prado de azúceñas.

Tú heriste mi corazón, oh hermana mía, esposa amada; heriste mi corazón con una sola mirada tuya, con una trenza de tu cabello.

Así, pues, pónme por sello sobre tu corazón; pónme por marca sobre tu brazo: porque el amor es fuerte como la muerte; implacables como el infierno son los celos; sus brasas, brasas ardientes como las llamas de un volcán. Las muchas aguas no han podido extinguir el amor, ni los ríos podrán jamás sofocarle.

REV SALOMON

### El Bienhechor

ERA ya de noche. El estaba solo. Vió á lo lejos los muros de una ciudad circular, y marchó hacia la ciudad.

Como se aproximase á la ciudad, oyó rumor de fiesta, risas de alegría y armoniosos sonos de laúd. Golpeó la puerta que abrió uno de los guardas.

Detúvose ante una casa de mármol, con bellos pilares de mármol en la fachada. Colgaban guirnaldas en los pilares, y adentro y fuera había antorchas de cedro. Entró en la casa.

Cuando hubo atravesado la sala de calcedonia y la sala de jaspe, llegó á la sala de festines. Extendido sobre un lecho de púrpura, vió á un joven coronado de rosas rojas y cuyos labios estaban rojos de vino.

Y El, tocándole en la espalda, díjole:

—¿Por qué vives de este modo?

El joven se volvió y reconociéndole, respondió:

—Era leproso antes y Tú me has curado. ¿Cómo podría vivir de otra manera?

El salió de la casa y de nuevo fuese por las calles.

A poco vió una mujer cuyo rostro y vestido estaban pintados y cuyos pies estaban calzados de perlas. Y detrás de ella venía lentamente como alguien que persigue, un joven que llevaba un traje de dos colores. Y el rostro de la mujer era tan bello como la faz de un ídolo y en los ojos del joven brillaba el deseo.

El los siguió rápidamente, tocó la mano del joven y le dijo:

—¿Por qué miras de tal modo á esa mujer?

El joven se vo'vió y reconociéndole entre risas, respondió:

—Era ciego antes y Tú me has devuelto la vista ¿de qué otra manera podría yo mirarla?

La mujer se volvió y reconociéndole se sonrió y Le dijo:

—Tú me has perdonado y la vía por donde ando es una vía encantadora.

El salió fuera de la ciudad.

Y cuando hubo salido de la ciudad, vió sentado en la orilla del camino un joven que lloraba.

Y El se acercó al joven y tocándole los bucles de sus cabellos le dijo:

—¿Por qué lloras?

El joven alzó los ojos y reconociéndole respondió:

—Estuve muerto y Tú me hiciste levantar de entre los muertos. ¿Qué podría hacer yo sino llorar?

OSCAR WILDE

### La voz de las campanas

Siempre que oigo la voz de las campanas  
ya cuando el sol en el ocaso arde,  
y se extinguen sus notas cristalinas  
en el hondo silencio de la tarde,  
memorias dolorosas y lejanas  
—cual bandadas de errantes golondrinas  
cansadas de llevar el ala rota  
y de vivir en las desiertas ruinas —  
llegan á mi alma de una tierra ignota.

*Memorias dolorosas y lejanas  
despierta en mí la voz de las campanas.*

*Ese débil acento plañidero  
se extingue sollozando en el obscuro*

confín del horizonte. Y su gemido me habla de los secretos del futuro y de seres amados que se han ido á dormir á la sombra del misterio el sueño sin ensueños, junto al muro del triste y olvidado cementerio.

*Memorias dolorosas y lejanas  
despierta en mí la voz de las campanas.*

El trágico silencio de las cosas cuando sus alas tiende la tiniebla canta en mi alma canciones angustiosas de hondo misterio y fúnebre armonía; y creo ver entonces en la niebla que surge en la borrosa lejanía ó en las nubes que pasan, los inciertos contornos de los seres ya perdidos en la síma profunda; y semejantes la luz de las luciérnagas errantes y el alma misteriosa de los muertos.

*Memorias dolorosas y lejanas  
despierta en mí la voz de las campanas.*

FROILÁN TURCIOS

## NOTAS

### Fiestas de Minerva.—

Atendiendo á la excitativa con que nos honró el distinguido literato Joaquín Méndez—en nombre del Presidente de la República de Guatemala—nombremos Representante de la *Revista Nueva*, en las fiestas de Minerva, á nuestro amigo, el brillante poeta don José Santos Chocano, actual Cónsul General del Perú en Centro-América.

### Agradeceríamos—

á los periódicos y revistas con quienes tenemos establecido el canje, la reproducción de nuestros sumarios.

### Muerte de Zola.—

Ha muerto Emilio Zola, uno de los más altos espíritus contemporáneos.

Próximamente dedicaremos á su memoria una página de nuestra revista.